

UN RÍO DE AGUA DE VIDA: CLARO COMO EL CRISTAL

CHRISTOPHER ISTRATI

Embajada de los Estados Unidos, Asunción, Paraguay



Les tengo que confesar que no soy ni un académico, ni un poeta publicado, aunque me encanta leer poesía a mi esposa y así abrigar las noches frías. En un tiempo escribía poemas hasta que un día decidí “vivir la vida loca” en vez de escribir sobre ella. Por ende y por medio de caminos encrucijados, me encuentro aquí ante Uds. esta tarde, un diplomático que ha navegado por varios ríos, y que desea resucitar uno de sus favoritos poetas de la juventud. Quiero nada menos que volver a la vida al poeta Nicholas Vachel Lindsay. Su nombre de poeta en español vendría a ser Vaquel Lindsay, lo cual rima con Raquel y despierta la imagen de un vaquero del oeste estadounidense, un vagabundo por los caminos y senderos de la imaginación norteamericana.

Vaquel Lindsay nació en el año 1879, en Springfield, la capital del estado de Illinois, en pleno Medio Oeste. En un poema el autor describe su nacimiento como una gran ola que arrancó del mar para subir por el Río Mississippi, llevando al bebé montado sobre un caballo salvaje, un mustango marítimo, hasta los brazos de su madre. A Vaquel se le reconoció como “el segundo hijo de la ciudad” ya que el primer hijo fue el ilustre Abraham Lincoln. La casa donde nació y murió

Vaquel fue construida por el mismo arquitecto que hizo la casa de Lincoln, y fue el hogar de la cuñada de Lincoln, hasta que fue comprada por la familia Lindsay. El padre de Vaquel era un médico, de esos que en carreta de caballo recorría los caminos de barro en noches oscuras de extrema tormenta para brindar asistencia a un nacimiento, o a un enfermo, o a un pobre moribundo en su último suspiro. Era un hombre de pocas palabras pero muy querido por los pobladores de la zona. La madre de Vaquel, evangelista puritana, presidenta de asociaciones de mujeres activistas de causas sociales, y dedicada al movimiento anti-alcohólico, era la que mandaba en la casa. Mientras el buen doctor respaldaba a los republicanos, la madre benefactora apoyaba a los demócratas.

Vaquel tuvo dos hermanas, una mayor llamada Olivia que fue a vivir en China para acompañar a su marido médico misionero. La menor, Joy (o sea Júbilo), nació última después de la muerte de tres hermanas que fallecieron de escarlatina. Vaquel tenía 7 años cuando murieron sus hermanas y fue testigo del dolor que sufrió su madre. Siendo el único varón, Vaquel fue mimado por su madre y hermanas, aunque siempre se quedó alejado de su padre. Mientras se esperaba que Vaquel siguiera los pasos de su padre como médico, Vaquel eligió dejar su primer año de universidad para estudiar arte en Nueva York, y luego se declaró un poeta vagabundo. Hasta los 35 años quedó pobre y virgen, el necio del pueblo y la vergüenza de su familia.

La verdad es que Vaquel aborrecía el dinero y nunca pudo guardar lo poco que tenía. Se veía a sí mismo como un predicador del Evangelio de la Belleza, un traficante de poemas a soñadores secretos, un vidente de visiones al estilo del poeta inglés Guillermo Blake. Varias veces tuvo visiones reales de los profetas del Antiguo Testamento bajando del cielo en barcos azules y caminando por su jardín con trajes rutilantes. En un momento Vaquel dibujó el Mapa del Universo, repleto con los

tres tronos de la Santa Trinidad en forma de cerros, los veleros de los profetas, y la flor del Espíritu Santo llamado Amaranto que entrega el amor a la belleza a el que come sus pétalos. Dentro de las Selvas Celestiales quedaba escondida la Lámpara de Aladino, la cual tiene el poder de recrear el universo. El Árbol de las Campanas Rientes aplaca la memoria luctuosa, y la sangre de ángeles crucificados sirve como el Vino de Dios para la redención de la humanidad y la unión de todas las religiones. En su mitología, Vaquel también explica que el Arcángel Miguel se enamoró de una bruja bella que vive al lado del Lago Michigan. Con justa razón los humildes obreros de Springfield pensaron que este tipo era más rayado que el queso.

Cuando terminó sus estudios de arte, Vaquel emprendió varias caminatas de larga distancia, la primera desde Florida hasta la casa de su prima en Kentucky, un recorrido de mil kilómetros. Llevaba en su bolsillo ejemplares de sus poemas que cambiaba por comida y abrigo. Reconoció en su camino que los que aman la belleza muy frecuentemente son paganos, y los que aman a Dios son ciegos de la belleza. Los que le invitaron a hospedar muchas veces eran los que no iban a la iglesia, y los fariseos le trataron como un criminal que merecía la cárcel. En dos otras oportunidades caminó desde Nueva York hasta su casa en Springfield, y años después salió de Springfield con destino a California. Cuando se quedó varado en Arizona, agotado y demasiado deprimido para seguir con su viaje, su padre le envió fondos para tomar el tren hasta Los Ángeles donde paró un mes en la casa de su tío antes de tomar el tren de vuelta a Springfield.

En Los Ángeles, Vaquel Lindsay escribió el primer éxito de su carrera poética. Un elogio al gran fundador del Ejército de Salvación quien recién había fallecido; el poema “El General William Booth Entra al Cielo” introdujo instrucciones musicales para ayudar a la declamación en voz alta. Para Vaquel el

poema no era un espacio visual, la estética de los Modernos, sino una canción de ritmos primitivos y naturales. El poema representa al General redoblando el bombo de batería al frente de un desfile de mendigos y vagabundos. Con alarido de trompeta y fuertes “Aleluya” el desfile se presenta ante la corte suprema del cielo donde Cristo mismo sale y los bendice con saneamiento a las almas desgraciadas. Saltando con júbilo, los nuevos redimidos se visten de túnicas blancas, sus rostros resplandecientes con una luz divina, sus extremidades torcidas ahora enderezadas, su algarabía acompañada por una multitud celestial cantando,

“O Griten Salvación! Qué bueno que es ver al Verdadero,
a los reyes y príncipes liberados por el Santo Cordero.”

Acercándose al viejo y ciego General Booth, Cristo le da su visión, y en seguida,

Le vio al Rey Jesús – estuvieron cara a cara,

Y se arrodilló conmocionado en ese lugar consagrado.

¿Estás lavado en la sangre del Cordero?

Esta última pregunta, el coro del poema, fue el lema del evangelista.

“El General Booth Entra Al Cielo” fue publicado en el cuarto número de la nueva revista “Poesía” en 1913, al lado de obras de tan reconocidos poetas como el irlandés William Butler Yeats y el bengalí Rabindranath Tagore. Hasta los críticos más severos confesaron que el poema les hacía llorar. En esta obra se veía más que un elogio a un gran soldado cristiano, sino una afirmación de la bondad universal del ser humano, y la humanidad misericordiosa de Cristo. El poeta soñador, místico, idealista, y amante de la belleza se transforma en amante de la humanidad.

Hace muchos años atrás, cuando mi Musa se había alejado de mí para recibir reverencias de otros galanes más jóvenes, tuve la oportunidad de enseñar poesía a un grupo de jóvenes de secundaria. Me acordé de un poema que había leído

cuando también estaba en la secundaria y odiaba la poesía. El poema fue muy bien recibido por los estudiantes y sirvió como entrada a un estudio más profundo y técnico sobre los elementos básicos de la poesía. Tengo la esperanza de que al menos uno de esos estudiantes empezó a escribir poemas después de mi curso, inspirado por el poema más reconocido de Vaquel Lindsay.

Ahora, con su permiso, les quiero leer ese poema llamado “El Congo: Un Estudio de la Raza Negra” por Vaquel Lindsay. Fue escrito a fines de 1913, inspirado por un sermón en tributo a un misionero laburando en África quien murió ahogado en el río Congo. La idea del poema era presentar la redención de una raza primitiva por medio de la fe cristiana. El estilo original se estrenó para crear un nuevo género, un “alto vodevil,” o sea espectáculos de variedades, para atraer a una audiencia compuesta por gente común, sin alta educación, quienes aprendieron a odiar la Poesía cuando en la escuela se le forzaba a memorizar poemas que ni siquiera entendían. Imagínense la reacción de los pobladores de Springfield cuando Vaquel recitó “El Congo” en el banquete anual del Día de Lincoln, un 12 febrero, 1914. Lamento que no tenga una traducción en español, pero la verdad es que no hace falta entender el sentido al principio. Déjense ser llevados por la música de las palabras y el ritmo de la métrica.

Hoy día, en los Estados Unidos, solo estudiantes de secundaria leen este poema en un poemario editado por Louis Untermeyer. En nuestro día de la corrección política, este poema se considera racista, y la política racial ha obnubilado las obras de un poeta que solo quería que todo ser humano viva en paz y en armonía, disfrutando de la belleza de la creación de Dios. La ironía es que cuando Vaquel leyó por primera vez “El Congo”, los burgueses de Springfield se sintieron abochornados; algunos se burlaron abiertamente del poeta, no por una reacción contra el racismo, ni por los estereotipos

de una raza, sino porque el poeta dramatizó los sonidos y el sentido del poema. Es cierto que en su pueblo el profeta no tiene honra y escandaliza a sus vecinos, y hasta a su familia. Sin embargo, la segunda vez que recitó en forma dramática, Vaquel Lindsay recibió una aclamación cálida, de no menos que el poeta Yeats, quien quedó pasmado por la energía de la actuación.

El éxito de “El Congo” le llevó a Vaquel Lindsay a Inglaterra, y su audiencia se amplió en su propio país. Si bien “El General Booth Entra Al Cielo” le ganó el reconocimiento de sus pares poetas y críticos, “El Congo” le propulsó a la fama, abriendo una gran audiencia para su poesía musical. Para Vaquel, la declamación fue una especie de relación sexual, un culto religioso. Por ende su espíritu democrático, su sinceridad, humor y ritmos alegres del “alto vodevil” le aseguran un puesto entre los Nuevos Poetas del Siglo XX, entre ellos Robert Frost, Edgar Lee Masters, Carl Sandburg y Amy Lowell. Un río no tiene fama hasta que se vuelca sobre el abismo; el río silencioso, oscuro y sinuoso de repente levanta la cabeza y truenas con un grujido tremendo sobre las cataratas, escupiendo espuma blanca y un arco iris bajo el sol. Así llegó Vaquel Lindsay en su momento de gloria.

Se puede asegurar que Vaquel Lindsay nunca fue racista. Lo más que se puede admitir es que fue víctima de su época. Durante una revuelta de inmigrantes de Springfield contra los africanos-americanos en 1908, cuando se quemaron las casas de vecinos por su color de piel, y perecieron muchos bajo una banda de linchadores, Vaquel escribió artículos en el diario pidiendo paz y condenando a los manifestantes. Declaró que preferiría morir por un negro, que matar a una persona, pidiendo que los linchadores le ahorquen a él en vez de a un negro. Aunque el escritor africano-americano W.E.B Dubois le criticó por dañar el imagen de su pueblo con los estereotipos racistas del poema “El Congo” y la trilogía de “Simon Legree”,

“John Brown” y el “Rey Salomón y la Reina Sabá”, también se reconoce que Vaquel Lindsay le ayudó al poeta africano-americano, Langston Hughes, a ser reconocido por su talento y recibir una audiencia mas amplia.

La evocación de la cultura africana en “El Congo” no se aleja demasiado de la búsqueda por sus ancestros africanos del escritor Arthur Hailey en “Raíces”; su estudio sobre la esclavitud del negro en las Américas. Los ritmos de Vaquel Lindsay en sus poemas evoca la música moderna del rap que mezcla la música con palabras, sonidos y ritmos de percusión. Cuando la primera guerra mundial se desató, Vaquel se opuso a la violencia y asumió la posición de pacifista. Malentendido, su inocencia criticada por ser racista y no patriota, Vaquel se refugió en su cosmovisión de un mundo mejor, poblado por los amantes de la belleza y de una fe unida en un Dios de Amor.

Sus santos eran San Francisco, Santo Lincoln, Santo Tolstoy y el Buda. Su héroe fue Johnny Appleseed, un pionero norteamericano medio legendario que sembró semillas de manzana en su camino hacia el Oeste. Vaquel declaró que “el Dios de Johnny Appleseed era su Dios, y algún día lo iba a encontrar”. Vaquel fue un admirador de Kerensky pero no de Lenin, y rechazó el comunismo para luchar por un mundo unido. Quiso enfrentar el antiguo mundo de los profetas magos contra el mundo de la ciencia y del progreso, el susurro de lo invisible contra el ruido de las máquinas. Soñaba con una América donde la industria y el comercio tenían que ceder en segundo lugar al arte, y la belleza cívica podía pararse al lado de la santidad cívica. En este mundo, políticos podían venir de la clase artística, y poetas podrían gobernar con justicia y fraternidad. La Iglesia de la Belleza tendría dos lados: el amor a la Belleza y el amor a Dios.

Vaquel Lindsay fue un poeta titánico, original, fuera de serie, con la fuerza de un río para recitar sus poemas en cada

pueblo como si el teatro fuera el único lugar en el mundo y los pobladores sus últimos, íntimos amigos. Tenía el tesón de un río para viajar por todos los rincones de su país, divagando serpentinamente, cantando sus maravillas, y glorificando el espíritu de su América. Tenía la esperanza de un río para forjar la visión de un mundo unido, para fraguar la paz entre los hombres, y para afianzar la armonía de las religiones bajo un Dios Creador. Así sus obras fueron desembocando en la idea de un Nuevo Mundo lleno de Belleza, Amor y Fe.

En su poesía se percata la confluencia de dos ríos, como el Solimoes y el Negro, uno blanco y el otro oscuro, uno evangélico y el otro pagano. Los religiosos que se dedican a la poesía a veces no aguantan la tensión y se suicidan como el Jesuita inglés, Gerard Manley Hopkins. Luchando contra las mareas de modernidad y el secularismo de la sociedad, Vaquel Lindsay se suicidó en el año 1931, a la edad de 52, habiendo tomado un veneno para la limpieza, que le hizo estragos a su estómago. Lleno de los químicos tóxicos echados por la urbe mugrienta, el río de la vida desaparece bajo las aguas turbias del gran océano, el río de la eternidad que nos rodea el Mundo. Así pasó a la oscuridad el gran original, Vaquel Lindsay, trovador de las praderas, padre de la Poesía Cantante que hoy día se explaya en el rap y hip-hop. Una mano se levanta por encima de las olas y se escuchan los ritmos de un río, “El Congo” de Vaquel Lindsay, que presenta la redención de una humanidad salvaje y violenta, todavía bajo el dominio del Dios del Congo, “Mumbo-Jumbo” pero pronto redimido por los apóstoles y los ángeles pioneros y la venida de Cristo.